

REINA VIRGEN

Hace muchos, muchos años, en un tiempo en que el mal aún no había entrado en alguno de nuestros futuros protagonistas, había un pequeño reino en un frondoso valle llamado Melbur. Los habitantes de Melbur vestían todos de alegres colores y en sus casas siempre había comida, sin tener que esforzarse en gran medida, pues Melbur era todo él un jardín lleno de muy variados y apetitosos frutos. Reinaba en Melbur una pareja de magnánimos reyes a los que todos sus súbditos querían. Los reyes habían tenido dos hijos gemelos, esbeltos como dos espigas de trigo, que tenían siempre en sus caras las sonrisas de dos soles. Los dos muchachos fueron creciendo en estatura y en inteligencia. Llegó el día en que sus padres decidieron casarlos, pero no querían para sus hijos sendos matrimonios convenidos, sino que deseaban que se casasen por amor, como ellos antaño lo habían hecho. Se dio la circunstancia de que ambos jóvenes se enamoraron de la misma mujer, la súbdita más hermosa del reino, que no solo estaba adornada por su gran belleza exterior sino por un gran y caritativo corazón. Sin ellos saber el contratiempo de estar enamorados de la misma mujer, pues los dos llevaban su amor en secreto, decidieron conquistar a la joven con los dones que Dios les había dado. Así, mientras que al heredero al trono, el Creador lo había dotado de una gran fuerza y habilidad en toda clase de luchas, al segundo en nacer, Dios le había dado una gran inspiración para componer bellas y muy sentidas poesías de amor. De esta forma, si uno era El Sol, el otro se parecía a La Luna.

Con estas dotes, los dos príncipes no veían el día en el que poder declararse a la muchacha. Llegó la fecha de la fiesta

nacional y, con ella, los numerosos y muy variados torneos que acontecían en su celebración. Esta resultaba una gran oportunidad para que ambos jóvenes intentasen enamorar a la elegida. En primer lugar se celebraban una serie de pruebas físicas: desde carreras de caballo, pasando por la lucha libre, hasta el tiro con arco. En esta última habilidad iba a participar el heredero al trono, pues era un gran experto en la materia. Consciente de que la muchacha de la que estaba enamorado iba a formar parte del público, hizo todo lo posible por ser el primero, lleno de arrojo y valentía, en la competición. Y así fue, pues al joven príncipe no le tembló nunca la mano ganando la vistosa prueba, a lo que la muchacha respondió con aplausos entusiastas, con los que parecía que daba fe de su amor. Llegó la última demostración, esta muy distinta de las anteriores, pues consistía en un certamen de poesía, en la que participaba el hermano del heredero. El joven, por su parte, creó una composición a su enamorada que no tenía comparación y la muchacha, si parecía que el arquero le había lanzado una flecha de amor que había roto su corazón, no dudó en pasar de un enamoramiento por el primero a otro más hondo y más profundo por el segundo, pues la palabra la había desnudado ante el joven y ya nada más podía hacer que rendirse ante su sensibilidad y delicadeza.

Tras la fiesta nacional pasaron los días y, en una de las jornadas, el rey de Melbur le dijo a su heredero que tenía ya que pensar en casarse, pues el tiempo apremiaba porque él cada vez era más viejo. El joven príncipe, ante este requerimiento del rey, se puso muy contento y reaccionó de inmediato, dándole a entender a su padre que ya había una elegida para que compartiera su

corazón el resto de su vida. La seleccionada era Ariadna, la súbdita ya mencionada y más bella del reino. El padre del joven príncipe le preguntó, entonces, que si él sabía si ella manifestaba los mismos sentimientos por este, a lo que el heredero le contestó con una afirmación creyendo que así era, pues, ante su hazaña en el torneo, pensaba que la muchacha había demostrado su entusiasmo de forma manifiesta hacia su persona. Al saber esto el rey, llamó al padre de Ariadna, un modesto campesino del reino. El padre, cuando supo que era reclamado por el rey de su país, pensó que nada bueno le podía traer tal llamada y que sería para comunicarle alguna mala noticia relacionada con tan humilde servidor. Llegó el campesino a la sala de recibimiento del gran palacio y lo primero que hizo fue observar las maravillas que había en tal espacio. Hermosas obras de arte adornaban el palacio como las costosas joyas adornan a las grandes damas. Tras el chambelán de palacio, el rey entró en la sala y le dio la mano al campesino para que este la besara. El digno mandatario le hizo saber que el heredero al trono había elegido a su bella hija para que fuese la futura reina en un tiempo ya cercano, pues él y su mujer eran muy ancianos. El humilde campesino no daba crédito de lo que oía: su querida hija se iba a convertir en la próxima reina de Melbur. Quedaron, pues, el rey y el padre de Ariadna en traer a esta a palacio e informarle de los sentimientos y de los futuros planes que el heredero tenía para con ella. El padre, al día siguiente de que el rey le comunicase la gran noticia, llevó a su hija ante él. En la sala del trono estaban el sumo sacerdote, su rey y su reina, los dos príncipes y su hija Ariadna. En la muchacha reinaba una gran perplejidad y nerviosismo, pues su padre la había llevado a palacio sin ella saber el motivo. Todos estaban expectantes ante las palabras del rey. El

anciano mandatario comenzó adornando la figura de su hijo, el príncipe heredero, para después contar a los allí presentes el porqué los había reunido. Ariadna se iba a unir para siempre con el joven heredero, puesto que ambos estaban enamorados. Todos los allí presentes esbozaron una sonrisa de felicidad excepto Ariadna y el hermano del heredero, que mostraron en sus dos rostros una gran tristeza. La reina, muy observadora, se había dado cuenta desde el inicio de la audiencia, que entre Ariadna y el príncipe heredero no había nada por parte de ella y que, por el contrario, la muchacha solo tenía ojos por el segundo de los príncipes, siendo esta actitud compartida también por su sensible hijo. Sin embargo, el resto de los presentes, excepto el sumo sacerdote que, por la gracia de Dios, sabía el futuro de todos los corazones, no se habían dado cuenta de ello, quizás porque no tenían un alma de mujer o, tal vez, de poeta. Cuando el rey dio por sentado el casamiento quiso felicitar a su hijo y a la joven prometida. Pidió que se acercaran para unir sus manos, pero Ariadna, haciendo gala de su justo corazón, se negó y le dijo al rey que no estaba enamorada de su hijo. Esto desconcertó en gran medida a algunos de los allí presentes y más llegó a crecer el desconcierto establecido cuando Ariadna, en un acto de gran valentía, declaró su amor por el hermano del Heredero. El rey, ante esta situación, le preguntó a su segundo hijo si compartía el amor que le profesaba Ariadna, a lo que este dijo, con un rebotante corazón de alegría, que sí. Fue entonces cuando se aproximó a los dos jóvenes y esta vez sí unió unas manos en señal de mutuo amor. La reina felicitó a los dos muchachos sin dejar de tener una actitud vigilante para con el otro de sus hijos, el heredero, pues en él vio algo que jamás había

advertido y que la turbó profundamente: una expresión de enorme envidia y de grandes celos hacia su hermano.

Llegó el día de la celebración de los esponsales, celebración oficiada por el Sacerdote del reino, un hombre al que Dios le había dado el don de la inmortalidad. El joven príncipe y Ariadna no cabían en sí de gozo y el resto de la familia real, el rey y la reina, también compartían este gran sentimiento de felicidad. Solo el príncipe heredero estaba lleno de envidia y de celos, sentimientos estos que trataba de disimular y que fueron percibidos por la reina, dado que una madre sabe perfectamente el sentir de sus hijos. Tras la ceremonia, pasaban los días mientras aumentaba el deseo de venganza por parte del príncipe heredero, que era incapaz de soportar ver a su hermano y a Ariadna tan enamorados.

Fue un día de lluvia, seguido de un maravilloso arco iris, que coronó al reino de Melbur, cuando el príncipe heredero se dispuso a romper el gran mandamiento que el sumo sacerdote inculcaba a todos los habitantes de Melbur desde que eran niños: no hablar con la serpiente que habitaba en un recóndito lugar del más bello jardín del reino. Entonces, el príncipe se dirigió a donde habitaba la serpiente algo temeroso, pero, aun así, esa temeridad no superaba la gran envidia hacia su hermano que había nacido en su corazón. Se sentó bajo la sombra de un árbol y el mal, sabedor de lo que acontecía en su alma, pues este era el primer habitante del reino que había probado de su fruto, se acercó y le dijo: sé que me estás esperando y también a lo que vienes. El príncipe oyó una voz hasta entonces inaudita: la voz del Maligno. Una voz de una arpía que no se sabía si era masculina o femenina y en donde se concentraba toda la perversidad del infierno. El príncipe le contestó. Si sabes a lo

que vengo, solo puedo preguntarte si lo harás. Pues claro que lo haré. Hoy mismo, cuando tu hermano se tumbe en su lecho para dormir la siesta, me introduciré en su alcoba y cumpliré lo convenido. El heredero al trono marchó con paso rápido hacia el palacio mientras que la serpiente desapareció del jardín.

Llegó la hora convenida y la serpiente, antes de que el joven príncipe entrara en su aposento, se introdujo por un resquicio del palacio y se deslizó hasta su habitación. Se metió dentro del lecho y se quedó a la espera, enroscada sobre sí a los pies del mismo. El príncipe llegó a su habitáculo y se metió en su lecho. Por la noche, cuando Ariadna se disponía a compartir el aposento con su esposo, vio el cuerpo, inerte y pálido como el mármol, de su joven marido. Esta alertó a todo el palacio de lo que había ocurrido y el sumo sacerdote enseguida se dio cuenta de todo puesto que había una profecía en los libros sagrados que daba testimonio de ello. Al saber los reyes la muerte de su hijo y quien era el culpable porque el sacerdote así se les había hecho saber, con un doble dolor en sus almas por lo que había pasado: uno, el de la muerte de un hijo y otro, el que el asesino era el príncipe heredero, ordenaron apresar a este último y recluirlo en una sala de palacio hasta saber qué se haría con él. Acto seguido, el sacerdote se reunió con los reyes y les dijo que, según los libros sagrados, el asesino debía de ser expulsado del reino lo más rápidamente posible para que el mal no se extendiese por los corazones de los demás súbditos. Fue entonces cuando el rey, muy a su pesar, llamó a la guardia real y les dijo que llevaran a su hijo, el príncipe heredero, a los confines del reino, concretamente a La Montaña de la Muerte, llamada así porque nadie habitaba en ella y por estar hecha de picos negros y

escarpados, las cuales eran mudos testigos de las tinieblas que los rodeaban. Una vez expulsado el príncipe, el rey reunió a Ariadna, y al sumo sacerdote, a petición de este último, ya que tenía que contarles cuál era el destino del reino. El sabio sacerdote dijo a Ariadna que estaba en estado de buena esperanza y que daría a luz una niña, niña que cuando se hiciese mujer, tendría que ir, en peregrinaje, a La Montaña Sagrada, y que, tras ese largo viaje, atravesando todo el desierto, lleno de peligros, se convertiría en la Reina Virgen que todo el mundo iría a venerar por siempre. Este era el enorme sacrificio que Dios pedía a los gobernantes de Melbur, si querían que su reino fuera dichoso, incluso después de que se extinguieran sus reyes, ya que la niña de nombre Noah, sería la última heredera al trono. Vino al mundo Noah rodeada de grandísimas muestras de cariño de todo su pueblo y muy especialmente de sus abuelos, los reyes, y cómo no, también de su madre. La niña, mientras crecía, tuvo que hacer frente a la muerte de su abuela, la reina, y, poco después, a la del rey, convirtiéndose en ese momento en la reina de Melbur, a la edad de doce años. La ceremonia fue una fastuosa celebración donde se coronó a Noah como la reina más joven de la historia de su árbol genealógico. Noah había heredado la belleza de su madre y el alma de poeta de su padre. Pasaba su niñez, a pesar de ser ya la reina, jugando con los hijos de los empleados de palacio en los jardines del mismo y creando todo tipo de actividades con las que matar el tiempo. Entre los hijos de los sirvientes de palacio se encontraba Aitor, que precozmente era el mejor guerrero del país, y el cual se había enamorado de Noah. Uno de los juegos que más divertían a Noah era ir con los demás niños a una zona de baños de un pequeño río, en donde se oía todas las tardes de verano el chapoteo y las risas

de los inocentes acompañantes de la reina. Fue en una de esas tardes de juegos cuando Noah, mientras se bañaba, notó un dolor agudo en el vientre y, poco después, un hilo de sangre que corría entre sus piernas. La joven reina, asustada, regresó a palacio y le dijo a su madre lo ocurrido. Pero no solamente sabían el hecho su madre y el sumo sacerdote, que fue avisado rápidamente por los empleados del palacio, sino que la astuta serpiente, que había matado a su padre por orden del príncipe heredero, desde que Noah había nacido estaba vigilante, esperando el momento en que la niña se convirtiese en mujer. Cuando esto se produjo, la serpiente estaba en una orilla del río, muy cerca de la reina, e inmediatamente se deslizó sinuosamente río arriba hacia el país de las tinieblas para decírselo al que una vez había sido príncipe heredero de Melbur.

Mientras, en palacio, sin más tiempo que perder, decidieron dar inicio al peregrinaje de la joven reina hasta la gruta donde sería venerada para toda la eternidad. Se dispuso una silla gestatoria llevada a hombros por diez eunucos, silla que sería el lugar donde iría la joven reina, acompañada no solo por los eunucos sino por un ejército liderado por Aitor, el mejor guerrero del reino, a pesar de sus solo diecisiete años. Todos ellos viajarían junto al sumo sacerdote, que les orientaría en todo momento hacia dónde dirigirse para llegar a la sagrada gruta. En el otro reino, escarpado envuelto en tinieblas, el rey, el que antes había sido príncipe heredero de Melbur, fue informado por la serpiente de que la niña reina por fin se había convertido en una mujer. El rey, al conocer la noticia, llevó una gran satisfacción, pues, conocedor de la profecía de la pequeña reina, había estado esperando este momento desde que la niña

había nacido. Era un día de asfixiante verano cuando la reina madre le dio el último beso a su hija. Seguidamente, la joven subió por unas pequeñas escaleras plegables a la silla gestatoria y se sentó sobre un mullido cojín rojo, tras lo cual colocó sus pies sobre un escabel del mismo color. La silla gestatoria estaba techada y rodeada de cortinas de terciopelo, de tal forma que no se podía ver quién o qué era lo que había dentro. Dos costales, uno a cada lateral de la silla, eran soportados por dos filas de eunucos, los cuales aguantaban todo el peso de la silla. Delante de la procesión iba Aitor con un imponente caballo blanco. Le acompañaba, unos pasos más atrás, el sumo sacerdote, que, al igual que Aitor, viajaba en un excelente caballo de pura raza. Aitor lideraba a un pequeño ejército que iba entorno a él. Al mismo tiempo que la joven reina se dispuso a partir, el que había matado a su padre, en un siniestro caballo negro, junto a la perversa serpiente, dejó atrás sus dominios para alcanzar a la reina e impedir que fuese venerada por todos los peregrinos por el resto de los siglos y lograr así que el reino de Melbur no fuese feliz. Comenzaron el viaje la joven reina y su séquito. Iban, guiados por las indicaciones del sumo sacerdote, por senderos llanos, que de momento no presentaban gran dificultad, hasta que se adentraron en el desierto. Allí el calor era insoportable, pero más letal que el calor fue el primer inconveniente que se les presentó. Llegaron al denominado Reino de las Cobras y se encontraron con un ejército de serpientes erectas mientras silbaban en el desierto. Al frente de ellas había una, la reina, la más grande y majestuosa de todas, que en un principio les impidió pasar por sus dominios. Aitor le dijo a la reina de las cobras que le ofrecería lo que ella quisiera a cambio de dejarles pasar. Entonces la reina se fijó en los eunucos que llevaban a Noah y le pidió a Aitor

que, si sacrificaba al más bello y valiente de los eunucos, dejaría al resto de la comitiva irse. Aitor, apesadumbrado, accedió a la petición de la serpiente. Esta hizo que los eunucos se pusieran en una fila de diez y los fue observando detenida y meticulosamente. Todos los eunucos, a su paso, temblaron de miedo, como los ratones en los terrarios ante las serpientes, todos excepto uno: el más valiente y más bello. La serpiente se detuvo ante él y dijo al guerrero que ese era el elegido. El eunuco dio un paso al frente y la serpiente se lanzó, ávidamente y abriendo sus fauces, al talón mordiéndolo con verdadera fruición. El joven fue debilitándose poco a poco hasta que se cayó y, retorciéndose sobre el desierto, llegó un momento en que cesó de moverse quedando su cuerpo sin vida. En ese mismo instante, todo un ejército de cobras se adentraron en la arena y desaparecieron como por arte de magia, entre ellas también la reina. Prosiguieron su camino en medio del mismo calor insoportable, que había hecho que ya escaseasen entre ellos las provisiones de agua. Hasta tal punto sufrían el no tener agua, que el sumo sacerdote perdió su fe y comenzó a delirar y a ver falsos oasis en los que hacer una parada. Dios se enfadó por la poca fe de su mediador y les hizo estar perdidos varios días, días en los que temieron por sus vidas, hasta que, por fin, dieron con un oasis en el que poder beber y descansar. Pero no todo iba a ser dicha en el preciado lugar. El oasis estaba gobernado por un pequeño jeque que estaba servido por un gran harén. Durante el primer día, el pequeño jeque agasajó a toda la comitiva con una gran variedad de dátiles y licores y un muy preciado regalo: una brújula con la que orientarse. Este les pidió que prolongaran su estancia más de un día, pero el sumo sacerdote, sabedor de que el malvado tío de la reina Noah les perseguía, denegó la invitación. Entonces fue

cuando un hecho sobrenatural aconteció en el oasis. De repente, los ojos de todas las concubinas del harén se convirtieron en hipnotizadores haciendo que los hombres del ejército de Aitor se embelesasen con ellas, convirtiéndolos en unos extraños prisioneros que no podían marchar, ya que su voluntad había sido anulada. Los únicos que escaparon al hechizo fueron Aitor, el sumo sacerdote, los eunucos y la reina. El joven era el único de su ejército que no se había dejado hipnotizar por la mirada de las concubinas porque estaba sinceramente enamorado de la reina y la mirada azul de esta, que parecía un soñado cielo, ejercía un poder sobre él mucho mayor que el que podían tener esas mujeres. Fue así cómo pudieron marchar y proseguir su travesía por el desierto. Mientras, el que fuera príncipe heredero y la malvada serpiente ya se encontraban en el reino de Las cobras. La gran y majestuosa cobra les salió al paso y la pérfida serpiente le preguntó si por ese territorio había pasado el sequito de la reina de Melbur, a lo que la gran cobra dio por respuesta un sí. Entonces, la astuta serpiente le recriminó que les hubiese dejado atravesar su reino y, dejándose llevar por una enorme ira, retó a la reina de las cobras a una pelea a vida o muerte. Fue así cómo se vio a las dos serpientes bailar al ritmo de la muerte, una frente a la otra, tanteándose en cada segundo, dando unos movimientos adelante otros atrás, a la espera de un grave error por parte del oponente, error que le llevase a la muerte. Y así fue. La malvada serpiente, en un rápido reflejo, cogió desprevenida a la reina de las cobras y la mordió en el cuello. Pocos minutos después la reina acabó inerte sobre la arena del desierto y, acto seguido, todo el resto de cobras murieron al unísono dejando gran parte del reino lleno de alargados esqueletos. Mientras, la caravana real volvió a la aridez del

desierto, pero volvió a sufrir un nuevo contratiempo. Al sacerdote, que había dejado de confiar en el camino que Dios les dictaba, cuando miraba la brújula que le había regalado el jeque para orientarse y saber cuál era el rumbo a tomar para llegar al santuario, su caballo le hizo un movimiento brusco y el artilugio cayó al suelo del desierto siendo pisoteado por una de las pezuñas del animal, dejando la brújula hecha añicos. Tras este gran contratiempo, el sumo sacerdote, desesperado, volvió otra vez a confiar en Dios y le pidió perdón por haber perdido la fe y le rogó que les ayudase a salir del desierto para ir al santuario. Toda la comitiva hizo unos rezos dirigidos por el hombre a la divinidad. Tras las oraciones, una voz suave, la de Dios, como una acariciadora brisa, se oyó en el desierto ordenando que a partir de ese momento caminarían por la noche, guiados por una estrella del firmamento, y que descansarían por el día. Llegaron noches frías de cansancio y calurosos días de descanso hasta que, por fin, salieron del desierto.

Nada más encontrarse en un paisaje donde, a medida que avanzaban por él, la vegetación era más frondosa, divisaron una aldea llena de luminosas antorchas, que parecían estrellas titilando en el firmamento. Cuando la comitiva llegó a una de esas grandes antorchas, se topó con una comunidad de enanos patizambos. Al parecer los enanos se reunían por las noches en torno a hogueras que hacían en frente de cada una de sus casas y comían y bebían hasta perder el sentido. Los enanos, cuando vieron la caravana, se asustaron y cogieron sus espadas para atacar a Aitor y a los eunucos. Estos estaban por completo desprevenidos, debido al enorme cansancio del largo camino ya hecho, por lo que los patizambos los apresaron sin la menor dificultad. Varios de ellos

ataron a Aitor, al sumo sacerdote y a los nueve eunucos de pies y manos de forma que les fuera imposible defenderse. A continuación descorrieron las cortinas de terciopelo rojo de la silla gestatoria y su asombro fue mayúsculo cuando vieron a la criatura más bella con la que jamás se habían encontrado. La reina Noah observó a esos hombrecitos tan raros con gran curiosidad a la vez que con mucho miedo. Enseguida llamaron al jefe de los patizambos y este, al ver a la joven, supo de inmediato que era la reina que estaban esperando. La llevaron al palacio donde habitaba el jefe de los enanos y decidieron celebrar que Dios, al fin, se había apiadado de su reino y le había concedido una reina de la que poder presumir ante otros reinos vecinos, pues los enanos tenían un gran complejo por pertenecer a un reino de hombres pequeñitos. El jefe de los enanos hizo sentar a Noah en el trono que habían hecho ya hacía muchísimos años con la esperanza de que alguien lo ocupara algún dichoso día. Como Noah estaba muy asustada con todo lo que le rodeaba, los patizambos le hicieron beber un brebaje mágico que reportaba la felicidad a aquel que lo tomaba. De esta forma, Noah se levantó del asiento y, llevada por la música de la pequeña banda del poblado, que se encontraba en una esquina del salón del trono, comenzó a bailar alegremente con todos los allí presentes, los cuales comían y bebían sin parar. Mientras, el resto de la comitiva que acompañaba a Noah estaba encerrada en la cárcel del pequeño país. Custodiando la prisión habían dejado solo a un enano, ya que todos no querían perderse la fiesta de bienvenida de su nueva y bella joven reina. Aitor, desde su celda, le dijo al enano: eh, tú, si me liberas a mí y al sumo sacerdote de esta cárcel, te daré el tesoro que trae consigo la nueva reina y que yo soy el único que sé donde está. El enano, para suerte de Aitor y del sumo

sacerdote, era de una gran avaricia y algo cretino y no tuvo problemas en liberarlos. Cuando el enano desató a Aitor, este inmediatamente le puso una mordaza en la boca para que no gritara y lo ató de pies y manos. Acto seguido, liberó al sacerdote y rápidamente se dirigieron al lugar de la fiesta. Cuando Aitor entró de forma sigilosa en la sala del trono, vieron a los enanos tumbados en el suelo, borrachos del todo, y a la reina Noah también medio bebida e inconsciente. Aitor cogió a la reina y la puso sobre sus brazos y corrió rápidamente hacia afuera, donde el sumo sacerdote ya tenía preparados sus caballos para partir. Y así lo hicieron. Mientras ellos iban de camino, ya muy cercano de alcanzar el santuario, su tío y la pérfida serpiente llegaron al país de los enanos. El que fuera príncipe heredero de Melbur pidió a uno de los patizambos, que aún estaba de resaca de la noche anterior, que le presentara a su jefe y éste, muerto de miedo por el aspecto siniestro del príncipe, le llevó de inmediato a su palacio. El príncipe lo primero que hizo ante el minúsculo mandatario fue interrogarle por el paradero de la princesa y el jefe de los enanos le contestó que se había fugado con un guerrero y con el sumo sacerdote de su país. Entonces, el príncipe, lleno de rabia, desenvainó su espada y, de un solo movimiento, decapitó al enano. Fue en ese momento cuando todos los patizambos, que aún estaban de resaca de la noche anterior, huyeron del palacio como pudieron, en desbandada mientras el príncipe y la serpiente iban cortando cabezas, en una batalla sangrienta, hasta salir del poblado para ponerse en camino hacia el santuario.

Así, llegó un momento en que el malvado príncipe y la pérfida serpiente lograron alcanzar en las puertas del santuario a la

reina Noah, a Aitor y al sumo sacerdote. Aitor, en un rápido movimiento, puso a la joven reina sobre el lomo del caballo que cabalgaba el sumo sacerdote y este, a prisa, entró en el lugar sagrado. Mientras Aitor y el príncipe luchaban sobre sus caballos cuerpo a cuerpo, la sibilina serpiente se deslizó rápidamente hacia las patas del caballo del sumo sacerdote y este alzó su báculo sagrado al cielo para, acto seguido, la pezuña de su caballo blanco aplastar con todo el peso del cuadrúpedo la cabeza de la serpiente acarreándole la muerte. Tras ello, el sumo sacerdote llevó a la reina al santuario y la dejó en la cueva del mismo. Aitor y el príncipe seguían luchando en una gran batalla. El príncipe aun conservaba la pericia en la lucha que había adquirido en sus primeros años de vida, pero la no menos pericia de Aitor y su juventud acabaron por inclinar la balanza de la victoria hacia la parte de este. Aitor logro decapitar al ya extenuado príncipe con un certero movimiento de su espada. Pero lejos de celebrar la victoria, le invadió un enorme pesar porque sabía que ya jamás en su vida podría obtener la mano de la reina Noah y compartir con ella una existencia feliz hasta el final de sus días. Aitor, montado en su caballo, en un gesto de renuncia; ni siquiera se volvió de espaldas para ver en el santuario a la reina Noah, partió raudo y veloz. A esta, al darse cuenta que su amado no depositaba su mirada en ella, le rodó una lágrima por sus mejillas y por su cuerpo, a la vez que veía cómo este y su deslumbrante vestido de preciosos adornos por donde se deslizaba la lágrima se convertía en piedra. Experimentó como de mujer de carne y hueso pasaba a ser frío alabastro. Si Aitor hubiese mirado hacia atrás, a la reina Noah, esta jamás se hubiese convertido en estatua de piedra, ya que su corazón de mujer se lo hubiese impedido, pero Aitor quiso renunciar, sin él saber que podía escoger

el camino del sí, a su felicidad con la princesa, convirtiendo a esta, gracias a su último gesto providencial, en una eterna Reina Virgen.